

VEKA DUNCAN
CIEN AÑOS DE LOS AROS OLÍMPICOS

CARLOS VELÁZQUEZ
BUKOWSKI: UN SIGLO MORDAZ

LUIGI AMARA
BALANCE DE LA PASTILLA

NÚM. 264 SÁBADO 15.08.20

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

DIATRIBA DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA

**UNA NUEVA
RELIGIÓN**
SERGIO ZURITA

**DONDE TRABAJAN
LAS VACAS**
ROGELIO GARZA

**ESTAMOS
EN CONTACTO**
BIBIANA CAMACHO



CUENTO
EMILIANO PÉREZ CRUZ

Arte digital ▶ Roberto Carlos Alvarado Nava ▶ La Razón

En años recientes, la corrección política ha ganado influencia, sin duda muchas veces con plena justicia, aunque en otras ocasiones se ha instalado más bien como un prejuicio que excluye todo lo que resulta problemático, antes de convertirlo en blasfemia. Este ensayo precisa los rasgos de un fenómeno que no funciona como un ideario político sino como una nueva religión —en algunos casos, también, como un tribunal. Su consecuencia es otra especie de

tabú, no exento de oportunismo, hipocresía y mentira, sobre asuntos sensibles como los derechos humanos, la discriminación, el abuso, entre otros temas cruciales. En ese marco, una corriente progresista o una supuesta izquierda condena por principio a quien se atreve a cuestionar sus postulados o dogmas. Sergio Zurita disiente y polemiza en aspectos puntuales cuyo señalamiento hoy puede ser, por sí mismo, un acto de provocación.



LA CORRECCIÓN POLÍTICA, UNA NUEVA RELIGIÓN

SERGIO ZURITA

@szurita

El grupo country The Dixie Chicks ahora se llama The Chicks, porque *Dixie* les parece un término racista. *Dixie* viene del billete de diez dólares, que se imprimía en inglés y en francés en Luisiana, excolonia francesa. De un lado, el billete decía "Ten" y del otro "Dix" (*diez*, en francés). A Nueva Orleans se le decía *Dixie* o *Dixieland* desde el periodo conocido como *Antebellum*, cuyo significado literal es "antes de la guerra", pero en su uso cotidiano se refiere, específicamente, a la época previa a la Guerra Civil de Estados Unidos. Otro grupo country, Lady Antebellum, acaba de cambiar su nombre por el de Lady A porque, supuestamente, *Antebellum* es un término en el que se idealiza la época de la esclavitud y las plantaciones.

Colocar un nombre en la mente del público cuesta años, pero estos grupos prefieren tirar a la basura sus carreras para no quedar mal con el movimiento *Black Lives Matter*. ¿Las vidas negras importan? Por supuesto. ¿Es horrible que haya policías que matan negros injustificadamente? Claro que sí. Sin embargo, los principales asesinos de jóvenes negros son otros jóvenes negros.

En un video de YouTube llamado "How AntiRacism Hurts Black People" ("Cómo el antirracismo lastima a la gente negra"), el académico afroamericano John McWhorter, profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Columbia, comienza

cuestionando el supuesto racismo de la policía: "Tamir Rice era un chico negro de doce años que estaba blandiendo una pistola de juguete y lo mataron a tiros. Exactamente lo mismo le ocurrió a un chico llamado Daniel Shaver poco después. Daniel Shaver era blanco. Sam DuBose fue abatido a tiros por la policía huyendo de una patrulla. Exactamente lo mismo le ocurrió, un poco antes, a un blanco llamado Andrew Thomas. Alton Stirling era un hombre negro que acercó la mano a su cinturón para tomar la billetera durante un altercado con la policía; lo mataron a tiros. Fue un evento penoso. La misma cosa le ocurrió, en los mismos días, a un blanco llamado Dylan Noble. Alton Stirling apareció en las noticias a nivel nacional. Nadie supo nada de Dylan Noble. George Zimmerman dijo cosas realmente horribles acerca de ciertas 'criaturas pequeñas que siempre andan robando cosas', poco antes de matar a Trayvon Martin. Eso fue espantoso. Un policía dijo exactamente las mismas cosas, incluyendo la palabra 'fucker', antes de matar a un adolescente blanco llamado Loren Simpson... Podría hacer esto durante veinte minutos. Hay una tendencia muy comprensible en los medios a reportar historias de gente negra ejecutada injustamente por la policía. Sin embargo, lo que no sabemos es que, por cada uno de esos eventos, hay un adolescente o veinteañero blanco que es ejecutado de la misma, ominosa manera".

Foto > Javier Pérez Maya

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Armando S. Armenta

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

Y continúa: “No estoy diciendo que haya *fake news* o una gran conspiración. Entiendo por qué los medios están tan preocupados por los casos de víctimas negras. Pero hablo de esto porque, con frecuencia, cualquier conversación acerca de la raza se detiene cuando alguien habla de las presuntas tendencias racistas de policías que, bajo determinadas situaciones, matan un negro, mientras que a un blanco lo dejan ir con una advertencia. Ésa es una muy razonable suposición. Pero la suposición no se sostiene ante el escrutinio”.

Según el profesor McWhorter, nueve de cada diez hombres negros corren más peligro de ser asesinados por otros hombres negros. Pero de eso no se habla. Porque el antirracismo moderno se ha convertido en una religión. Añade finalmente que *cualquier persona blanca responsable debe dar fe de su privilegio blanco, dar fe de que éste nunca desaparecerá y sentirse eternamente culpable al respecto. Eso es el pecado original. La idea de que un día Estados Unidos saldará sus cuentas con la raza. Eso corresponde a nuestra concepción del Día del Juicio Final. Cuando usamos la palabra problemático, lo que realmente queremos decir es blasfemo.*

EL PROBLEMA con las religiones es que la fe supera la lógica. Uno no debe preguntar o decir ciertas cosas porque son *problemáticas*. Es decir, *blasfemas*. Y cuando algo se convierte en religión, está prohibido cuestionarlo. Vivimos en una época en la que resulta más importante decir lo correcto que decir la verdad.

Esto no es nuevo. En 1994, el exjugador de fútbol americano O. J. Simpson mató a su esposa Nicole Brown y a su amigo Ronald Goldman. Simpson salió libre cuando sus abogados probaron que el policía de Los Ángeles, Mark Fuhrman, quien participó en la investigación que llevó al exdeportista a juicio, usaba con frecuencia la palabra *nigger*. Sí, es peor decir *nigger* que matar a cuchilladas a tu esposa y a tu amigo.

En mi opinión, prohibir palabras no sirve para nada. De hecho, es peligroso. El director de cine Lars Von Trier ha dicho que “cuando se prohíbe una palabra, se remueve una de las piedras sobre las que se funda la democracia”. Bienvenidos al reino de la corrección política, bienvenidos a un mundo en el que se puede acusar a diestra y siniestra a quien sea, de lo que sea, en las redes sociales, y el acusado es culpable de inmediato. No me sorprende que la corrección política tenga éxito. Me sorprende que no lo haya tenido antes. Lo único que hay que hacer para estar del lado de los buenos es siempre



Fuente: freepik.es

apoyar las causas de moda, no cuestionar nada, repetir consignas a lo idiota, ignorar cualquier cosa que contradiga o debilite a la causa y ¡listo!

Además, la corrección política opera con magia. Hay palabras que inmediatamente frenan al adversario: *misógino* y *racista* son las más populares y poderosas. Hace poco, un amigo le dijo a una chica que iba en bicicleta sobre la acera que se bajara a la calle. “Misógino”, fue la respuesta. Esa mujer no solamente ha encontrado la palabra mágica para callar a cualquier hombre. También ha encontrado un camino para hacer exactamente lo que se le pegue la gana. Ser correctos nos evita tener que pensar. Nos convierte en ratas que ya saben cuál botón apretar para que salga la comida.

LA CORRECCIÓN POLÍTICA es enemiga de la lógica y también de la razón. Y una sociedad que no razona es mucho más fácil de llevar al matadero. Lo primero que hacen los tiranos cuando suben al poder es prohibir que se hagan caricaturas con su imagen, porque al reírnos de ellos los desmitificamos, los volvemos humanos y, por lo tanto, ridículos. Los nazis prohibían las caricaturas de Hitler mientras los bolcheviques, las de Stalin. En el periódico satírico *Charlie Hebdo* murieron once personas a cargo de un grupo de terroristas musulmanes por una caricatura de Mahoma. Es terrible, pero lógico: el Islam prohíbe las imágenes del profeta. Lo que no es lógico es que ahora estén prohibidas las caricaturas en *The New York Times*.

En palabras de Octavio Paz, “una sociedad sin imágenes es una sociedad puritana. Una sociedad opresora del cuerpo y de la imaginación”. ¿No era *The New York Times* un bastión de la libertad de expresión y palabra? Por lo visto, ya no. Los Estados Unidos puritanos, esos que son retratados magistralmente en la pieza teatral *Las brujas de Salem* de Arthur Miller, están más vivos que nunca. Son esos mismos

Estados Unidos que permitieron la persecución de presuntos comunistas a cargo del senador Joseph McCarthy en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

Lo sorprendente es que la nueva cacería de brujas, el nuevo macartismo, llamado *corrección política*, viene de la izquierda. Es sorprendente, pero no ilógico. A nombre del marxismo —convertido en maoísmo, estalinismo o castrismo— han sido asesinadas más personas en la historia de la humanidad que a nombre de cualquier otra ideología. Sin embargo, hoy aún se puede hablar bien del régimen castrista sin consecuencias. En cambio, alabar a Pinochet puede costarle el trabajo a un comunicador. Ambos son dictadores, ambos son genocidas. Pero a Fidel Castro hay que perdonarlo, pobrecito, igual que al asesino Ernesto Che Guevara, porque su revolución tenía buenas intenciones. No hay que cuestionarlo. ¿Por qué? Porque la izquierda ya no es una ideología, sino una religión. Marx es Dios; Eva Perón, Evo Morales y Nicolás Maduro son sus apóstoles. A Hugo Chávez le provocaron cáncer los yanquis con una máquina. Por qué no han usado la misma máquina para matar a Maduro es algo que no se pregunta. Es problemático, es decir: blasfemo.

Un ingrediente más del éxito de la corrección política es lo que el autor afroamericano Shelby Steele llama “culpa blanca”. Así se llama su libro más famoso y en él habla de la *acción afirmativa* implementada por el gobierno de Lyndon B. Johnson: consta de una serie de leyes en las que se buscó favorecer a los afroamericanos por sufrir discriminación en el pasado. Un ejemplo de las implicaciones de esa política es que los negocios que reciben fondos del gobierno tienen prohibido aplicar exámenes de aptitud a los afroamericanos que soliciten trabajo. Claro, los “liberales” del partido demócrata aplaudieron al presidente Johnson. Sin embargo, según Shelby Steele, la *acción afirmativa* es tan mala como la esclavitud, ya que ha enseñado a los afroamericanos a usar el racismo a su favor: “en vez de buscar extinguirlo, quieren agrandarlo”. La acción afirmativa traiciona los principios de Martin Luther King Jr.

Según John McWhorter, los estudiantes negros que son calificados de forma diferente para entrar a universidades como Harvard (les hacen preguntas más fáciles), no tienen la ambición de hacer un posgrado. En cambio, los estudiantes negros que son calificados igual que los blancos en las universidades a las que logran entrar sin ayuda, con frecuencia se gradúan entre los mejores. Para Steele y McWhorter, la culpa blanca le estorba a la comunidad negra.

UNA PELÍCULA de Woody Allen, *Everyone Says I Love You* (*Todos dicen que te amo*), cuenta la historia de una familia demócrata, liberal y millonaria. Viven en un penthouse del Upper East Side de Nueva York y la matriarca es Goldie Hawn. Ella, en palabras de su propia hija, siempre está metida en causas nobles porque “es demócrata, liberal y

“BIENVENIDOS AL REINO DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA, BIENVENIDOS A UN MUNDO EN EL QUE SE PUEDE ACUSAR A DIESTRA Y SINIESTRA A QUIEN SEA, DE LO QUE SEA, EN LAS REDES SOCIALES, Y EL ACUSADO ES CULPABLE DE INMEDIATO”.

con culpa, ya que, a diferencia de papá, siempre tuvo dinero". En una escena de la película, esta mujer invita a cenar a un delincuente al que logró sacar de la cárcel. La hija mayor de la familia se enamora de él. Todo mundo pone el grito en el cielo. La enamorada le dice a su madre: "Pensé que él te importaba", a lo que la madre responde: "Sí, pero como símbolo social, no como una persona real".

Una vez, en la revista *Proceso* le preguntaron a Elena Poniatowska su opinión sobre los vendedores ambulantes del Centro Histórico. Ella contestó que los dejaran en paz. "¿Qué es más importante, una persona o una calle?", alegó. Me gustaría ver la cara que pone si le llevamos a unos ambulantes a vender frente a la puerta de su casa. Pero Poniatowska "ya no tiene lectores, tiene seguidores", como afirmó Gil Gamés en su columna de *Milenio*.

El movimiento *#MeToo* ha tenido grandes logros en Estados Unidos, como la captura de Harvey Weinstein. Pero también se ha vuelto una rebelión revanchista, que pone en la misma caja a Weinstein y a Woody Allen. A nadie le importa que la inocencia de Allen haya sido probada dos veces y que jamás haya llegado a juicio. En el *#MeToo* hay que creerle a la mujer siempre, sin cuestionar nada, no importa si se acaba con la carrera de un genio del cine que jamás había sido acusado de nada ni ha vuelto a serlo después. Como *#MeToo* es una religión, acabo de decir una blasfemia. Quien piense que exagero, escuche cómo los hombres que apoyan ciegamente el *#MeToo* se la pasan confesando su pecado original: haber nacido hombres.

¿A QUÉ SE DEBE que el antirracismo, la acción afirmativa, el *#MeToo* y demás causas nobles dejen de admitir la lógica y la razón, que se conviertan en religiones? Michael Crichton, médico graduado en Harvard y guionista de *Parque Jurásico*, escribió un artículo al respecto, titulado "Comentarios para el Commonwealth Club" (que puede encontrarse en la página liberalismo.org). En él, Crichton dice que hoy en día mucha gente no profesa ninguna religión, sin embargo, la necesidad de sustituir la fe religiosa con algo más, de creer en algo, ha llevado a muchos agnósticos y ateos a convertir en religiones sus ideologías. El ejemplo que pone Crichton es el Ecologismo. Se habla de una época idílica en la que la naturaleza estaba en perfecto equilibrio. Es decir, el jardín del Edén. Pero el hombre abusó de la naturaleza y ahora sufre las consecuencias. Léase, la expulsión del paraíso. El abuso está resultando en la hecatombe del calentamiento global, que nos matará a todos. El juicio final. Todo esto lo dice un profeta llamado Al Gore.

Que la corrección política se vuelva una religión es abominable. Pero hay algo peor: que se convierta en ley. Cuando ley y religión son una misma cosa, nos acercamos peligrosamente al territorio de los talibanes y de Hezbolá. Esto ya comenzó. Y, como toda tragedia, casi nadie la toma en serio al principio, porque viene disfrazada de algo bonito, de una causa noble que



Fuente: jafnabbc.com

nadie en su sano juicio se atrevería a cuestionar. Me refiero a la ley C-16 de Canadá, aprobada en 2017. Andrés Reynaldo, columnista de *El Nuevo Herald*, la define perfectamente: "La ley C-16 declara ilegal el uso erróneo de un pronombre de género. Es decir, usted comete un delito de odio al calificar de *él o ella* a una persona que reclama un pronombre neutro (¡o un pronombre de su propia inspiración!), con la posibilidad de sufrir prisión, pagar una multa y/o verse obligado a tomar un curso de 'imparcialidad'".

LA LEY C-16 ha sido elaborada, supuestamente, para proteger los derechos civiles y humanos de las personas que son transgénero. ¿Qué clase de salvaje se opondría a esto? El salvaje es, en mi opinión, uno de los grandes intelectuales de este siglo: el doctor Jordan B. Peterson, quien se volvió una celebridad en YouTube a raíz de videos en los que declaró que se negaría a obedecer dicha ley, porque va contra la libertad de expresión. Por supuesto, tiene razón. Si un estudiante no quiere que se le llame *él o ella* sino *te la pelo* y el maestro se rehúsa a decir *te la pelo* cada vez que lo nombre, puede ser multado o ir a la cárcel.

Eso no es lo peor del asunto. En una audiencia ante el Senado de Canadá, Peterson dijo que la ley C-16 va en contra de las personas transgénero. El senador Serge Joyal le dijo a Peterson que un juez de la Suprema Corte Canadiense declaró en una conferencia: "Cuando la Corte se enfrenta con asuntos que tocan la identidad transgénero debe partir de dos marcos de referencia esenciales: 1. La identidad no es fija, sino cambiante; 2. La identidad no es innata, sino contextual". Peterson replicó de inmediato: "Asumamos que la identidad es cambiante y contextual. Entonces, ¿cuál es el problema con la terapia de conversión? La gente que tiene una identidad no convencional... El argumento más sólido que tienen para obtener aceptación pública de esa identidad es que se encuentra muy poderosamente constreñida a

procesos biológicos que están más allá de su control. Si la identidad es mutable, cambiante, subjetiva y se modifica por capricho, ¿por qué alguien tendría que respetarla?".

En esa misma audiencia, Peterson también afirmó lo siguiente: "La sola idea de que llamar a alguien por un término que no haya elegido le cause un daño tan irreparable que deba recurrirse a correctivos legales indica cuán profundo ha calado la cultura de la victimización en nuestra sociedad". Desde luego, esto sólo podía ocurrir en un país cuyo primer ministro corrigió a una mujer que en un evento dijo *man-kind* (humanidad). Fue interrumpida de inmediato por el mandatario, quien subrayó: "Aquí preferimos el término *peoplekind*, es más inclusivo". Así es: Justin Trudeau inventa palabras para no decir las que incluyen la palabra "*man*". Y no sólo eso: ya le quitó todos los pronombres masculinos al himno nacional canadiense, para volverlo más incluyente.

ESTE CÁNCER LLEGÓ a México. En muchos círculos se maneja el adjetivo *todes o todxs*. Por supuesto, a personalidades como Mario Vargas Llosa eso les parece una tontería. Y lo es. El lenguaje se transforma, pero no por decreto. Según filósofos como Jacques Derrida, aquí explicado por Reza Yavarian, "en una oposición binaria, la noción primaria se considera la privilegiada, como día en día/noche u hombre en hombre/mujer [...] Esto no es una inocente relación estructural, sino una relación de poder".

Según el doctor Peterson, la corrección política actual tiene su origen en el marxismo y en la filosofía posmodernista: "Derrida y Foucault sostienen que cualquier jerarquía de valores excluye. Esto es obvio, porque en una jerarquía de valores algunas cosas son más valiosas que otras, pero ellos dicen que dichas jerarquías de valor son construidas para excluir y mantener la estructura de poder intrínseca a cualquier jerarquía de valores". Casi nunca coincido con las opiniones de Noam Chomsky, pero tiene una frase demoledora que aplaudo: "El posmodernismo no es ni siquiera una mentira".

A pesar de ser una gran falacia, la filosofía posmodernista se aplica en la corrección política: no debe haber un sistema de valores porque eso margina. Todo el mundo debe ser aceptado en las universidades. Y es importante que, en una facultad de ingeniería (por poner un ejemplo), se gradúe la misma cantidad de hombres que de mujeres.

.....
**“A PESAR DE SER UNA GRAN
 FALACIA, LA FILOSOFÍA
 POSMODERNISTA SE APLICA
 EN LA CORRECCIÓN POLÍTICA:
 NO DEBE HABER UN SISTEMA DE
 VALORES PORQUE ESO MARGINA”.**

“EL DOCTOR JORDAN B. PETERSON CREE
EN LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES...
CUALQUIER PERSONA, HOMBRE,
MUJER O TRANSGÉNERO, DEBE TENER DERECHO
A ESTUDIAR LO QUE QUIERA, PERO
SÓLO LOS MEJORES DEBEN OBTENER UN TÍTULO”.

El resultado de esto será desastroso, por la simple razón de que a las mujeres les interesan más las personas y a los hombres les interesan más los objetos. Desde muy pequeños, ya sea en la ciudad más cosmopolita o en la villa africana más apartada de la civilización, los niños construyen cochecitos y juegan con ellos, mientras que las niñas toman, digamos, una mazorca de maíz, convierten sus hojas en sábanas y las arrullan como si fueran un bebé.

Esto significa que a las mujeres les interesan más las personas y a los hombres les interesan más los objetos. Por tanto, las mujeres son buenas para la medicina, la biología, la química y las ciencias sociales, mientras que los hombres son mejores ingenieros, físicos, matemáticos. Por supuesto que hay excepciones. Existen magníficas ingenieras, pero son minoría. Decidir que, de los cincuenta graduados de la facultad de ingeniería, veinticinco van a ser mujeres, sea como sea, es una fórmula para el fracaso. Permitir que una mujer se gradúe como ingeniera aunque no lo merezca es tan terrible como prohibirle estudiar ingeniería.

El doctor Peterson cree en la igualdad de oportunidades, pero no necesariamente en la igualdad de resultados. Cualquier persona, hombre, mujer o transgénero, debe tener derecho a estudiar lo que quiera, pero sólo los mejores deben obtener un título. En el video de YouTube “Jordan B. Peterson: The Differences in Interest Between Genders” (“Las diferencias de intereses entre géneros”), Peterson les pregunta a sus alumnos: “¿Queremos una sociedad en la que a todo mundo se le permite ser quien es y tener éxito en eso, o queremos una sociedad que haga todo lo posible por lograr que las personas sean iguales a pesar de sus diferencias individuales intrínsecas?”.

Éstas son la clase de cosas que no se dicen. Son blasfemias. De hecho, lo políticamente correcto es decirles a niños y niñas que pueden lograr todo lo que se propongan. De hecho, vivimos en una sociedad en la que, en un partido de fútbol de niños de primaria, no hay perdedores ni ganadores. Todo mundo recibe un trofeo por participar “y el niño gordo recibe un trofeo de chocolate”, remata el comediante Dennis Leary. Y hablando de comedia, la corrección política es su peor enemiga. Los estudiantes universitarios se han vuelto tan solemnes y llorones que los comediantes ya no van a las universidades. Y no sólo los comediantes padecen estos males.

EL ESCRITOR, DRAMATURGO, guionista y director David Mamet impartió clases de guión y dramaturgia en las universidades más prestigias de Estados

Unidos. Un día estaba planteando una situación ficticia: “Supongamos que un avión es secuestrado por terroristas musulmanes”. Un alumno levantó la mano: “¿Podríamos evitar decir ‘terroristas musulmanes’? No es bueno convertir a las personas en estereotipos”. Ése fue el último curso que enseñó David Mamet en una universidad. Nunca dio clases porque necesitara el dinero, sino porque amaba ser maestro. Sin embargo, la corrección política pudo más. Mamet no es un caso aislado. Muchos maestros extraordinarios, de todas las materias, han dejado de enseñar porque las universidades ya no son lugares para el intercambio de ideas, sino guarderías donde el alumnado debe sentirse protegido.

De hecho, hay que proteger a los niños y a los jóvenes de cualquier tipo de trauma. Ellos son las víctimas del *heteropatriarcado*, un monstruo similar a *la mafia del poder* o *El Coco*. Ninguno de los tres existe, pero sirven como pretexto para infantilizar a la gente. Bajo el pretexto de la inclusión y de evitar el racismo, un profesor de literatura de Alabama sacó una edición de *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, donde el nombre del personaje “*nigger Jim*” ha sido cambiado por “*slave Jim*” (esclavo Jim). Para que las pequeñas del hogar no se sientan marginadas, alguien sacó a la venta *La princesita*, que es *El principito* protagonizado por una niña.

Ante la negativa de los universitarios actuales a escuchar ideas diferentes a las propias, el comediante Joe Rogan le preguntó a Jordan B. Peterson qué debía hacer cuando sus niños terminaran la preparatoria. “Mételos a una escuela de oficios”, replicó. No estaba bromeando.

LA CAPITAL de la corrección política es, sin duda, Hollywood. Ahí el absurdo ha llegado a niveles que ni Ionesco hubiera podido imaginar: hace poco, Halle Berry declaró, muy contenta, que iba a interpretar a una mujer transgénero en una película. Las críticas en redes sociales la destrozaron, diciéndole que el personaje debía interpretarlo una mujer transgénero en la vida real. Al día siguiente, la actriz se disculpó y dijo que declinaba la película. El actor de piel blanca que hacía la voz del negro Cleveland en *The Cleveland Show* tuvo que renunciar, luego de veinte años de interpretar al personaje. Se despidió pidiendo disculpas. Como actor, puedo asegurar que uno de los más

grandes placeres de esta profesión es convertirse en otro. La corrección política quiere robarnos ese placer. En un espectáculo de *stand up*, el gran comediante Bill Burr imita a un espectador muy ofendido, que le grita a la pantalla de cine: “¡Oigan, yo vi cómo mataban a ese tipo en otra película! ¿Cómo es que ahora está vivo?”.

Otra característica de la corrección política es que es más sabrosa cuando se aplica con dinero ajeno. A principios de este año, el senador Martí Batres propuso una ley que obligaría a los cines a pasar las películas dobladas al español en la misma cantidad de salas donde se exhiban en inglés. Es decir, si en una sala está la nueva película de Woody Allen en inglés, tendría que estar doblada al español en otra sala del mismo complejo. ¿El resultado en todos los cines que conozco? La primera sala llena y la segunda, vacía. Otra monería de dicha propuesta dice lo siguiente: “En al menos un horario por sala, además, deberá ofrecerse una versión doblada a la lengua indígena predominante en la región”. ¿Cuál será la lengua indígena predominante en el área de Cinépolis Perisur? Estamos ante el típico caso de un político que quiere meter sus manotas en una industria que desconoce, para quedar como el bueno de la película. Lo malo es que esa película no la podría ver nadie, porque lo que propone Batres significaría la destrucción de los cines. El mercado debe determinar qué películas se doblan y dónde, no el gobierno.

LAS MINORÍAS, como siempre, son un botín político. Los indígenas no le importan a nadie –tal vez como símbolos sociales sí, pero no como personas de verdad– y la pobreza, que debería erradicarse, sirve para aventarles unos mendrugos cuando se van acercando las elecciones.

En 1984, la obra maestra de George Orwell, el sueño siniestro de Marx es una realidad: la propiedad privada ha sido abolida y “el Gran Hermano te está vigilando”. En 2020, el Gran Hermano es obsoleto. Nosotros mismos nos vigilamos unos a otros. Las redes sociales nos han convertido en una sociedad de soplones, todos listos para ver quién dice la siguiente blasfemia. Todos acumulamos tuits viejos para echárselos en cara a la próxima víctima. Pero no somos malintencionados: cualquier acto es un acto político y todo acto político debe ser el correcto. Decir las palabras equivocadas puede costarle la vida a alguien, pero ese alguien seguramente se lo merece.

Hay que tener cuidado con cada cosa que decimos, con cada cosa que escribimos. Y cuidado con las preguntas. Antes se decía que la única pregunta tonta es la que no se hace. Aunque eso era antes. Ahora todo está resuelto. Todas las preguntas han sido respondidas. Las cosas feas del pasado no han sido borradas, pero están muy bien barridas debajo de la alfombra. Todo tiene un límite, especialmente el conocimiento. Todo está en su lugar. Todo correcto. **■**



No es un mero juego llamar caballerizas a las estaciones de trabajo habituales en coworkings antes de la pandemia, donde cientos de empleados se hacinaban igual que cuadrúpedos en un establo. Además de gracia, la expresión aporta la imagen visual de un rebaño dócil que se pliega a las condiciones de vida que le tocan en suerte, sin cuestionarlas. Rogelio Garza ha pasado horas en oficinas colectivas y en este texto, desde el humor, comparte experiencias e imagina lo que podría pasar con ellas en la era Covid.

Coworking

EL LUGAR DONDE

TRABAJAN LAS VACAS

ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

El rebaño laboral existe desde la Revolución Industrial. 237 años después, en los noventa, empecé a trabajar en agencias con muebles modulares llamados *caballerizas*, donde nos acomodaban igual que al ganado. Hoy somos un rebaño digital y las oficinas son *coworkings*, los nuevos establos para ser productivos, y también las plataformas como Zoom para trabajar desde casa.

UNA ESCENA LABORAL

Éramos ocho personas trabajando en una caja de zapatos. Me urgía ir al baño, pero antes tenía que enviar un correo que era más importante que la vesícula y la próstata juntas, aunque el doctor me haya dicho que no reprima las ganas de mear. Salí disparado después de dar el *click* y en mi ruta de evacuación tuve que esquivar una fuerza de ventas parlotando amontonada en el área de la cafetería.

Al dar la vuelta sobre el pasillo principal, en el otro extremo del cuarto piso, un gordo salía de una sala de juntas. Nos miramos y nos medimos como vaqueros en un duelo con música de Morricone. Empezamos a caminar muy eucánimes hacia la entrada del baño ubicado en medio del pasillo. Entonces, bajita la panza, el gordo aceleró el paso. Claramente los dos nos dirigíamos al único baño disponible en todo el cuarto piso. En ese bañito mal ventilado sólo había un escusado, un mingitorio y un lavabo para dar servicio a unos cuarenta Godínez *chic* del género masculino.

Me moví más rápido por ser ligero. El gordo de plano se echó a rodar como una bola de boliche. Todo es de cristal y las oficinas son como las cabinas del museo de historia natural donde se recrean los hábitats de cada especie. Las dos recepcionistas se ahogaban de risa al vernos en aquella carrera contra la digestión, sabían lo que nos esperaba al llegar a la puerta del baño: una fila de tres desgraciados esperando para cagar y/o mear. El otro baño de masculinidad tóxica, una auténtica cámara de

gases, estaba en el quinto piso. Pero la fila era más larga que la del quinto infierno, según nos informó uno de los desgraciados que venía de allá. Además, aquel baño tenía fama de que tiro por caca se tapaba. Por un segundo la necesidad nos hizo ver el baño de mujeres como la salida de emergencia, pero sería un suicidio en estos tiempos de nanomachismos, equidad de género, moralina y corrección política exacerbada. Esta es una escena natural en la lucha por la sobrevivencia en un establo de la colonia Juárez.

CHAMBA ES CHAMBA

Cuando sea, donde sea, diría Travis en *Taxi Driver*. Sobre todo ahora que se precipitó el fin de los trabajos fijos y las oficinas empresariales como las conocíamos, por incosteables. La tendencia del trabajo *por proyecto*, el *freelance*, el *home office*, el *start up* y la tecnología esclavizadora me han llevado a sobrevivir a cuatro centros de trabajo que ostentan letreros brillantes de *coworking*. Establos glamorosos donde se supone que el ganado contento dará más y mejor leche.

Desde los cubículos, las peceras y las mesas de trabajo común, *pastando* por las *caballerizas* corporativas, en estas oficinas *innovadoras* las empresas rentan y comparten espacios cada vez más reducidos, incómodos e inhumanos. Existe hacinamiento y carencia de servicios básicos: el baño, la dictadura infecciosa del aire acondicionado

—impensable en tiempos de Covid— y el agua para beber de una máquina que un día no funciona y al siguiente tampoco. En México son menos oficina y más vecindad. Sólo falta que alguien ponga un tendedero en el *roof garden*. Acá todo se desvirtúa y son áreas compartidas muy a la mexicana, tapizadas de mensajes de superación y motivación respecto de trabajar sin reparo para lograr cualquier cosa porque *impossible is nothing*, en las que se padecen nuestras manías de *gandallismo* cotidiano: impera el yo primero/mi derecho a estorbar/la apropiación de las áreas comunes/la uña larga y el apañe de los insumos, se roban desde el café hasta el papel sanitario... lo normal.

DE SUPERVACA A DUEÑO DEL RANCHO

Mientras WeWork —el semillero de los *coworkings*— se tambaleaba al borde de la quiebra en noviembre de 2019, en nuestras ciudades en proceso de gentrificación vaquera, cada edificio con o sin uso de suelo para oficinas, nuevo o reconstruido, ya estaba destinado a ser un establo *cool*. Con más de 528 sucursales, WeWork fue fundada en 2010 por el *emprendedor* Adam Neumann con su modelo de negocio: rentar oficinas equipadas a empresas emergentes o a las que tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones. Además de oficinas tienen áreas comunes, salas de juntas, un comedor, estación de café y una azotea acondicionada como terraza. He ahí un hombre de negocios innovador y exitoso que se formó arriesgando y fracasando, según lo indica el manual del buen *emprendedor*. Por eso representa el arquetipo de la supervaca que inspira al rebaño. En una fábula de negocios, Neumann se paró en dos patas como animal orwelliano e inventó su rancho laboral. Pero la ambición es mala consejera y su codicia llevó a la compañía al borde de la bancarrota. Tuvo que endeudarse con SoftBank para liquidar a 2 mil 400 infelices. Entre esos despedidos estaba Neumann, el único que recibió 1.7 mil millones de dólares.



Fuente > networkoficinas.com

SÚBALE, TODAVÍA HAY LUGAR

Del cubículo por persona al cubículo por empresa transcurren unos cuarenta años de distancia. Hoy los arquitectos se rigen por la primera ley del microbús: donde cabe uno todavía hay lugar para otros siete. Como todo lo que conocíamos del siglo pasado, las oficinas también se han transformado y ya no son más ese monstruo que traga empleados en la mañana y los vomita en la tarde. Ahora los digiere con suavidad, inclusión y corrección, en horarios flexibles, como *freelance* pero presenciales, con alegres plataformas tipo *Monday* para organizar cada día y proyecto por colores (colorín-colorado, este proyecto no ha terminado), y un discurso de superación para maquillar la explotación que es más canija si consideramos que el WhatsApp te encadena 24/7. Tienes que estar conectado y disponible, así sea domingo a la medianoche, si no los clientes o el dueño se infartan. Nunca terminas de salir de trabajar.

Las empresas requerían ocupar varios pisos o edificios completos para operar y acomodar al personal en aras de la eficiencia y la productividad. Hoy algunas siguen así, aunque se esté volviendo obsoleto por innecesario e impagable. En las oficinas de Godínez trajeados o en las de Sportínez de playera y tenis —como es mi caso—, ocupabas una pecera que normalmente compartías. Podía ser individual si eras muy picudo y ya tenías a tus chalanes dándole a la talacha. Trabajabas aislado tras un cristal que te distinguía pero te exhibía: tenías un escritorio amplio, teléfono con extensión personal, gavetas, cajones donde guardar todo lo que necesitabas para sobrevivir y, si te iba bien, una plaquita con tu nombre en la puerta. Después nos arreararon a las *caballerizas*, esos galerones de escritorios modulares; los privados eran para las cabezas de ganado selecto. La ubicación, el tamaño y las características de las oficinas solían ser un asunto de jerarquías. Hoy todos parejos en el mismo espacio de dos metros cuadrados. Imposible tener privacidad; para hacer una llamada tienes que formarte en las cabinas de silencio que siempre están ocupadas porque solamente hay dos en todo el piso.

TIEMPOS MODERNOS

Las *caballerizas* desaparecen y llegamos a la época de las mesas de trabajo comunes: células que son redondas, cuadradas o alargadas, donde compartías lugar con el personal de otras disciplinas y áreas. Finalmente, cada vez más empresas empezaron a aplicar estos esquemas abusivos en los que se trabaja ahora. Empresas hacinadas en el cubículo que antes ocupaban dos personas, donde administran en línea a un equipo *contratado por proyecto*. Si antes una compañía ocupaba uno o varios pisos, ahora son varias las que ocupan el mismo piso y los mismos servicios e insumos que se cobran por separado a precio de dólar en ventanilla. En estas microoficinas hay que



Fuente: > cworkingfy.com

pagar por todo lo que la superrenta no incluye. Además de convivir nalga con nalga contra los del cubículo y contra la marabunta de los otros cubículos.

En un *coworking* muy *cool* por el que pasé en la Roma, nuestros vecinos eran una granja de bots que a diario golpeaban a alguien en las *reses* sociales. Allí habitaba Jabba the Hutt, se acostaba entre dos sillones para hacer la digestión en la terraza-comedor, mientras otros esperábamos lugar para sentarnos a comer. Pedirle que se moviera era ofensivo y discriminatorio, un ataque contra los derechos de las personas con sobrepeso.

En aquella agencia nómada por la que pasé me tocó sobrevivir a dos *coworkings*. En un edificio sobre la calle de Hamburgo en la Zona Rosa, ocho personas trabajamos por una renta estratosférica en una microoficina del cuarto piso. Compartíamos con una veintena de empresas de todos los giros: ventas de productos y servicios, marcas de bebidas, arquitectura, marketing digital, contabilidad, salud y belleza. Se supone que este ambiente fue creado para que las empresas interactuaran, pero la realidad es esta especie de vecindad laboral forzada, muy distante de la publicidad.

El edificio sobrevivió a los últimos temblores y fue reconstruido sobre unos amortiguadores que cada cinco minutos nos propinaban sacudidas vertiginosas. Para nosotros, los dos temblores que vivimos ahí no fueron más que los movimientos normales. La prisa por abrir sin haber terminado la construcción se juntó con nuestra urgencia por un espacio de trabajo. Llegamos ahí cuando tres de cinco pisos todavía estaban en obra negra. Sólo el cuarto y el quinto operaban a medias.

Que la ropa y los tenis te quedaran como si trabajaras en la construcción era lo de menos. Lo extremo era el escalón de quizá unos veinte centímetros

.....
**“IMPOSIBLE TENER PRIVACIDAD;
 PARA HACER UNA LLAMADA
 TIENES QUE FORMARTE
 EN LAS CABINAS DE SILENCIO
 QUE SIEMPRE ESTÁN OCUPADAS
 PORQUE SOLAMENTE
 HAY DOS EN TODO EL PISO”.**

al salir del elevador, en el que no pocos y pocas azotaron la primera vez que subieron. Les había fallado el cálculo por veinte centímetros, *ahí no más, maestro*. También les falló el espacio para bicicletas. Porque instalaron unos estacionamientos hidráulicos de dos niveles para los coches, pero ni un rincón para dejar las bicicletas. Esto fue motivo de discusiones con los administradores: prohibido subir la bici a los cubículos; lo que obtuvimos fue la jardinera de enfrente del edificio para encadenarlas. “Pues usen Ecobici”, nos regañaban.

Tuvimos que aguantarnos por el contrato. Fueron meses de trabajar con una conexión de internet que fallaba cada cinco minutos porque a diario se conectaba más y más gente. Dos o tres días a la semana llegaban hordas de vendedores que se instalaban en los escritorios de entrada por salida. Desesperados por no poder enviar ni un correo, nos olvidamos de la administradora histérica que nos *cajeteaba* cada vez que le pedíamos una conexión decente y nos comunicamos con el proveedor de la red. Llegamos hasta la instancia legal, donde nos explicaron que sólo se había contratado una conexión limitada. Esto, aunado al Polo Sur Acondicionado que en diciembre enfriaba más adentro que afuera, nos hizo huir tristemente en un invierno crudo como en un cuento de Dickens y sin feliz navidad.

DESPUÉS DE LA PANDEMIA

Nada volverá a ser igual tras el paso del coronavirus que llegó para quedarse. Más de diez mil empresas no reabrirán en México, a causa del Covid-19, la negligencia de las autoridades y la irresponsabilidad de la población. Sin duda, entre esas empresas hay *coworkings* que se quedaron sin clientes porque también desaparecieron. Los que sobreviven, además de operar a la mitad, tienen que invertir en las nuevas normas de sanidad. Me pregunto cómo van a resolver el problema de los aires acondicionados en los edificios *inteligentes*. Por lo pronto, WeWork en México acaba de lanzar una campaña: “Los planes cambian. Planea con WeWork”. Seguramente van a tener demanda entre las empresas que sobrevivan a la debacle y operen sin la mitad de su personal y sin oficinas.

Durante los días de encierro algún *emprendedor* salió con la idea de las *Virtu-Office*, oficinas virtuales para que “las compañías puedan despegar o recuperarse económicamente”. Lo mismo pero más barato, diría el Dr. Simi, con la novedad de que se pueden rentar desde doce horas por mil pesos. Ahí, aseguran en su página, “la seguridad de los colaboradores vale en costos de productividad para la empresa”. También surgieron plataformas como Nvidia para trabajar desde casa o cualquier lugar, una suerte de Zoom con más herramientas para “ofrecer nuevas oportunidades de crecimiento y aumentar la productividad”. Todo sea por la bendita productividad. ¡Arre! 📌

"Hoy son las manos la memoria. / El alma no se acuerda, está dolida / de tanto recordar. Pero en las manos / queda el recuerdo de lo que han tenido", escribió el poeta español Pedro Salinas. La imagen es precisa: en gran medida, el tacto y las emociones vinculadas a la piel son depositarias de nuestros recuerdos, son eje inamovible de la interacción social, la supervivencia, el vínculo con otros. Este ensayo reflexiona sobre el hambre de piel que estamos padeciendo ante el impedimento de tocarnos y abrazarnos.

ESTAMOS EN CONTACTO

BIBIANA CAMACHO

@bibianacama

El sueño más aterrador que recuerdo lo tuve desde muy pequeña. En cuanto cerraba los ojos me veía desde el techo a mí misma sobre la cama, encima de una colcha de cuadros pequeñitos, que la abuela habría tejido. La colcha crecía cada vez más. De pronto yo ya no estaba en el techo, sino en el centro de la colcha que se movía como si tuviera vida propia y me tragaba. Despertaba con frecuencia sintiendo que ya no existía. Durante mi adolescencia el sueño me visitó con menos frecuencia, pero era mayor su intensidad. La colcha se convertía en un cráter profundo, oscuro y tenebroso. Hace tiempo que el sueño no se repite, aunque la sensación de inexistencia todavía me visita de vez en cuando.

EL PRIMER SENTIDO

Uno de los miedos que me ha asaltado últimamente es la eliminación del contacto físico. Vivimos bajo la perpetua influencia de lo sensible y el tacto es el sentido más elemental. Ya Aristóteles afirma en *Acerca del alma* que es la actividad sensorial más primitiva en todos los seres vivos.

A lo largo de los años, varios científicos han confirmado que tiene un gran valor biológico y que es una guía natural para el comportamiento adaptativo. Los autores del libro *Vibraciones* (Cuadernos CBS 65, *Biología de los sistemas sensoriales: el tacto*, Marisa Cabeza, Ángel Lozada, et al, UAM, México, 2018) sostienen que el sentido del tacto debió ser el primero en desarrollarse evolutivamente, ya que para casi todos los organismos es de vital importancia lo que hay en el entorno, detectar el contacto entre ellos y otros objetos, evitar obstáculos, capturar y manipular alimento, coordinar el acceso y la ocupación de un refugio. Esta necesidad adaptativa ha estimulado la evolución sensorial para interactuar con el entorno de maneras cada vez más eficientes.

Su estudio resulta complicado porque todos los demás sentidos tienen un órgano clave, pero en el caso del tacto, éste es la piel que abarca el cuerpo y tiene tanto diferentes texturas como niveles de sensibilidad. La piel funciona como barrera de protección con el exterior y es el receptáculo de presión, temperatura, aspereza, suavidad, dureza, ternura. Ashley Montagu (*El tacto. La importancia de la piel en las relaciones humanas*, Paidós, Barcelona, 2004),

asegura que como sistema sensorial, la piel es el sistema orgánico más importante: un ser humano puede vivir a pesar de ser ciego, sordo y carecer de los sentidos del gusto y el olfato, pero le es imposible sobrevivir sin las funciones que desempeña la piel. El primer contacto que tiene un bebé con el mundo es a través de su madre. La estimulación cutánea, en distintas formas, resulta esencial para el sano desarrollo físico y conductual. Por otro lado el dolor, mediado desde la piel hasta el cerebro, proporciona un sistema de alarma esencial. Casi siempre un médico necesita palpar al paciente para conocer sus dolencias y aventurar un diagnóstico. También es fundamental para la interacción social: saludarnos de mano, darnos un beso, abrazarnos, tocarnos en busca de atención. José Ortega y Gasset (*El hombre y la gente*, Alianza, Madrid, 2001) dice que nuestro entorno está habitado de presencias, cosas y cuerpos en contacto con nosotros.

Además, artes como la música a menudo plasman lo que no puede expresarse con palabras. Emoción, sensación, afecto y tacto son prácticamente inseparables. Por si fuera poco, en ninguna otra relación se encuentra la piel tan involucrada como durante el sexo. Se le ha denominado la forma más elevada del tacto.

AFECTO TÁCTIL

El fenómeno denominado *hambre de piel* cobra relevancia en esta época y se refiere a la necesidad de contacto físico y las consecuencias de la privación del mismo. Se ha comprobado que comunicarnos a través

del tacto es benéfico para el tratamiento de muchos pacientes. Los niños prematuros ganan peso; en los adultos se potencia la concentración, se alivian los síntomas depresivos, se reduce el dolor y el estrés hormonal, además de mejorar el sistema inmune. Kory Floyd, profesor de Comunicación de la Universidad de Arizona, especializado en los vínculos entre el afecto táctil y el estrés, asegura que la ausencia del tacto afectivo puede causar daños psicológicos e incluso físicos.

Flora Davis (*La comunicación no verbal*, Alianza Editorial, Madrid, 2010) sostiene que el acto de palpar es capaz de comunicar más amor en cinco segundos que las palabras en cinco minutos.

CASCADA DE AGUA TIBIA

La frase *estamos en contacto* es ambigua, juguetona y caprichosa. Con frecuencia la usamos a la ligera. Empleada de manera correcta implicaría preocuparnos, cuidar, mimar, interesarnos, atender, procurar a alguien. Resulta significativo que esta expresión, que contiene tantas acciones afectivas, involucre primordialmente el sentido del tacto.

En estos días pienso mucho en el abrazo y el beso de rigor para saludar a los amigos queridos. El apapacho cuando alguien necesita consuelo. El apretón de manos. La caricia de ternura que llena todo el interior como una cascada de agua tibia. El beso amoroso en el que la lengua y los dientes se involucran, los labios succionan. La transmisión de laxitud de la piel que recibe un masaje profundo. La crispación de los vellos ante un susurro. La garra implacable y acusadora que se te clava en la corva, la espalda o la nalga para corregir la postura en una clase de danza. La mano, áspera y fuerte, que sostiene la mía mientras observa las líneas en la palma, sus uñas largas que recorren los surcos para decirme mi pasado y quizá mi futuro.

Soy de las afortunadas que viven en pareja, pero aún así el contacto con el exterior se ha reducido drásticamente y no sabemos si en algún momento se podrá reanudar como antes. Últimamente he soñado que estamos en reuniones masivas y vuelve la misma sensación del vacío que me engulle, sólo que ahora no opongo resistencia y en el sueño, a pesar del horror, me convenzo de que es mejor el vacío que el contacto. ■



Fuente > ar.pinterest.com

Con varias décadas de trabajo periodístico y literario que han afilado su oficio de narrador, reconocido cronista de Ciudad Nezahualcóyotl —o Nezayork—, Emiliano Pérez Cruz comparte un nuevo cuento donde reconocemos tanto ambientes como personajes que habitan su escritura. Es decir, la vida cotidiana de inmensas mayorías acosadas por la marginalidad, la exclusión y la violencia en los cinturones de pobreza que integran la periferia de la megalópolis chilanga.

EL ALMA NOS VOLVIÓ AL CUERPO

EMILIANO PÉREZ CRUZ

@perecru

Yo jugaba con mi hermana Ivana en aquella ladera que comunicaba con la colonia, por el lado de los basureros: escarbábamos y lo que hallábamos eran nuestros tesoros. En un bolso de mano los depositábamos y seguíamos rascando con nuestras manos llenas de costras de mugre, escamosas, las mismas con las que recogíamos una fruta, un trozo de pizza, dulces, granos de pozole que no estaban acedos. Cuando nos daba hambre buscábamos una lomita, en su cubre extendíamos el hule donde guardábamos la comida y nos dábamos un atracón.

Con las monedas recogidas íbamos al jacal ubicado a la entrada del basurero. Tenía exhibidores con papas fritas, cacahuates, galletas y refrescos. Comprábamos nuestro par de caca-colas y parados en la lomita competíamos para ver quién eructaba más fuerte, como leones con catarro, roncos.

Nos gustaba ir temprano al tiradero, y cuando el sol bajaba salíamos cada quien con un costal en la espalda, que se nos encorbaba. En la mano, el trozo de vidrio filoso con su empuñadura de suela neolite, para que no nos cortara. Esto, desde la vez que nos topó el Nahuatlaca y nos quitó los trozos de cobre y bronce pepenados.

Corrimos y regresamos por puntas de vidrio para que nos devolvieran lo nuestro. De un manazo nos quitó las armas, nos agarró de las greñas: ¿Te sientes muy gallito, y tú muy gallina?, nos ladró en la cara. Yo me aplaqué, pero Ivana le siguió tirando patadas con sus zapatotes de minero, con casquillo de acero.

—Cáiganse con todo —ordenó, muy endemoniado. Quisimos alegar, pero se acercó el Mocotes y con otro grito nos aplacó:

—Tranquilos o me cojo a los dos.

—Con mi hermano no te metas, cabrón —gritó Ivana, empuñando un alambro con la punta afilada.

El Nahuatlaca la desarmó y de las trenzas la arrastró hasta la casucha de cartón negro. Yo corrí tras ellos y cuando quise entrar el Mocotes me sentó de un cabronazo en plena cara:

—Aguántala aquí o nos cogemos a los dos —caí entre piedras, las rodillas me sangraron.

Un rato después salió el Nahuatlaca fajándose los pantalones:

—Vas, te toca —indicó al Mocotes.

Cuántas veces intenté levantarme, el Nahuatlaca me aplastó contra el suelo. Quise gritar, me abrazó, quise zafarme, me revolqué en el terregal. Un garrotazo en la nuca me serenó y dormí un rato.

“CUANDO DESPERTÉ, IVANA ESTABA ACUCLILLADA FRENTE A MÍ. DE SU ENTREPIERNA ESCURRÍA SANGUAZA. TENÍA LA CARA MARCADA... ERAN LOS DEDOS DEL NAHUATLACA”.

Cuando desperté, Ivana estaba acuclillada frente a mí. De su entrepierna escurría sanguaza. Tenía la cara marcada... Eran los dedos del Nahuatlaca y el Mocotes. Se llenaron mis ojos de lágrimas. Mi hermana bufaba, desparramaba coraje.

Nos abrazamos y los chillidos nos soltaron los mocos, que nos embarramos en los cachetes. Ivana me ayudó a levantarme y caminamos juntos por la orilla del bordo que separaba los basureros de las colonias. No le vayas a contar a nadie, dijo.

Antes de llegar al mercado vimos venir un remolino enorme. Levantaba papeles, plásticos, hojarasca, tiliches. Y crecía, crecía. Como otras muchas veces, lo perseguimos por el llano, contamos hasta tres y jadenstro!, nos metimos haciendo la señal de la cruz y repitiendo a gritos:

—¡Cruz-cruz, que se vaya el Diablo y que venga el niño Jesús!

Salimos del remolino sudorosos, con las greñas sobre la cara. ¡Los costales!, recordamos al mismo tiempo. El corazón nos saltó, desbocado. Miramos a todos lados. Ahí estaban, el alma nos volvió al cuerpo. Nos abrazamos riendo a carcajadas y fuimos a la casa de don Miguelón, quien nos daba unas monedas por los fierros y alambres de cobre y bronce.

El dinero nos quemaba las manos. Salimos del expendio de don Miguelón escondiendo los fierros que levantábamos de su patio, escurridos de los montones que acumulaba. Por la tarde se los venderíamos. Dimos vuelta a la manzana y llegamos a la casa donde Adelina ponía leña debajo del cazo de cobre donde preparaba el azúcar para cubrir las manzanas y los tejocotes que su marido, don Doroteo, vendía por las calles armado con un espantamoscas hecho con tiras de periódico.

—Acomídanse, traigan acá el bote del azúcar y les ofrezco un taco, pero hay que ganárselo, no se los voy a dar de oquis.

Llevamos el bote, arrimamos cada quien una piedra y nos sentamos cerca del fogón.

—Se van a enroñar con este solazo y el calor de la lumbre, escuincles —vaticinó Adelina y puso un paraguas atado al tendedero, sobre nuestras cabezas.

El sol quedó detrás de una nubecilla negra. Adelina acercó el tascal con tortillas recién hechas y el molcajete con salsa de chile verde y tomatillo.

—Hubieras llegado antes, para hacer la salsa —me dijo—. Te queda mejor que a mí. El chile de hombre es muy sabroso —agregó y sentí que las orejas me ardían por la vergüenza.

Muy quitados de la pena saboreábamos nuestro plato, hasta que Adelina reparó en las costras resacas en la entrepierna de Ivana.

—¿Qué te pasó ahí? —quiso saber.

—El Nahuatlaca me hizo la cochinita —dijo Ivana como si nada.

—Vete a lavar. Luego te llevo a tu casa. Lávate bien, hasta mero adentro.

Adelina se veía muy enojada.

—¿Tú por qué no la defendiste? —reclamó.

Le conté lo sucedido y le puse la mano en el chichón que me dejó el garrotazo en la cabeza. Y luego, entre risa y risa, le contamos que el remolino nos tragó y luego nos dejó libres ya muy cerca de la laguna.

—Nomás les gusta andar de vagos, por eso les pasan cosas. Ora habrá que esperar hasta que te llegue la luna, muchacha: quiera Dios no te *haigna* preñado ese cabrón, ¿ya qué edad tienes, tú?

—Doce, tengo doce años cumplidos en febrero apenas... Y no me ha cornado la luna todavía —dijo Ivana, muy seria—. ¿Eso ayuda?

—Yo creo que sí —aseveró Adelina—. De todos modos, ora que venga tu mamá de trabajar le contamos, por si llega a ser la de malas... Yo creo que te dará una chinga, porque les ha dicho que no anden de vagos. Miren a lo que se exponen...

—Mejor no le diga nada —dije.

—¿Y que se dé cuenta cuando le empiece a crecer la panzota a esta mensa? Mejor que se entere, por si necesita espantar a la cigüeña...

Ivana se quedó en silencio. Luego estuvo mordiendo el labio de abajo, como cuando le entra la preocupación. Se levantó y llevó su plato al lavadero. La vi tomar el cuchillo filoso con el que Adelina desuella a los conejos, y la vi acomodarlo entre su blusa, donde las chichis comenzaban a crecerle. Me hizo señas para que la siguiera.

—Al rato venimos, Ade. Vamos a buscar remolinos —dijo.

Yo le creí. Agarramos rumbo al bordo. ■

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**

@VekaDuncan

CIEN AÑOS DE LOS AROS OLÍMPICOS

“AMBERES 1920 FUE UN ACONTECIMIENTO AZAROSO. BÉLGICA NO ESTABA CONSIDERADO COMO POSIBLE PAÍS SEDE, PERO LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL CAMBIÓ TODO”.

En 1920 se izó por primera vez la bandera olímpica en Amberes, presentando al mundo los aros que durante cien años han sido el símbolo más reconocido del deporte. Diseñados en 1913 por el barón Pierre de Coubertin, presidente del Comité Olímpico Internacional, representan los cinco continentes y, junto con el blanco del fondo, conjuntan los colores de todas las banderas del mundo. Se dice que Coubertin se inspiró en el logo de la Unión de Sociedades Francesas de Deportes Atléticos, la cual presidió y que muestra dos aros entrelazados con los colores de la bandera gala; otros sugieren que la idea surgió de un anuncio de Dunlop que mostraba cinco llantas de bicicleta. Quizá nunca sabremos qué despertó su creatividad, pero lo cierto es que el momento en que Coubertin garabateó los aros en un membrete del Comité Olímpico Internacional marcó la historia del diseño.

CADA CUATRO AÑOS, las naciones se los disputan y los creadores más destacados del orbe los reinterpretan. La propuesta del logo que acompañará cada justa olímpica se ha convertido en todo un acontecimiento para el ámbito de la gráfica, pero no siempre fue así. En realidad, los juegos que sucedieron la olimpiada belga no prestaron gran atención a los aros, de manera que no fue sino hasta la década de los treinta que su presencia comenzó a cobrar mayor importancia como parte integral del diseño olímpico. Quizá se debió a que Amberes 1920 no fue para nada grandioso, o porque perdieron la bandera y se tuvo que hacer una nueva para París 1924.

En más de un sentido Amberes 1920 fue un acontecimiento azaroso. Bélgica ni siquiera estaba considerado como posible país sede, pero la Primera Guerra Mundial cambió todo, para los Juegos Olímpicos y para Europa. El estallido de la guerra en 1914 y su prolongación hasta 1918 llevó a la cancelación de los juegos de 1916, que se celebrarían en Berlín. Una vez firmada la paz, la idea de otorgarle a Alemania los Juegos Olímpicos era absolutamente impensable; ante los ojos de las potencias europeas eran los enemigos, se les culpaba de haber iniciado la guerra que le costó la vida a alrededor de 20 millones de personas y dejó al continente devastado. Al buscar sedes alternativas para retomar los Juegos Olímpicos modernos, Bélgica se perfiló como la elección perfecta, pues permitía hacer de este evento deportivo una declaración política. Simbólicamente, era un reconocimiento al pueblo belga, que tuvo que resistir algunas de las peores adversidades de la guerra, y al mismo tiempo reforzaba la exclusión de Alemania y sus aliados del evento, pues esas adversidades fueron causadas por la ocupación alemana de Bélgica, donde cometieron toda clase de atrocidades.

Con la moral y su territorio destruidos, los belgas se dispusieron para recibir en Amberes a 2 mil 600 atletas de 29 países. Con tan sólo 16 meses de anticipación, una profunda crisis económica y las inclemencias del tiempo en su contra, reconstruyeron lo que pudieron, reacondicionaron espacios ya existentes y se dieron a la tarea de crear un nuevo estadio que no estuvo listo

a tiempo. Esa vez no hubo lujosas instalaciones para el descanso de los atletas, sino una escuela vacía con catres. Tampoco hubo grandes ovaciones del público, pues la mayoría de la gente no podía pagar un boleto, así que finalmente decidieron llenar las butacas con grupos escolares a los cuales dieron acceso gratuito.

A PESAR de la precariedad de los juegos de 1920, Amberes dejó un importante legado que sobrepasaría el ámbito deportivo. Además del surgimiento de las primeras estrellas del atletismo, como el finlandés volador Paavo Nurmi, la justa belga impulsó en gran medida la paridad de género en los Juegos Olímpicos y en los deportes en general, a través de la nadadora estadounidense Ethelda Bleibtrey, quien rompió tres récords mundiales y regresó a casa con una medalla de oro por cada evento de natación femenil. La figura de Bleibtrey tendría un enorme impacto en las mujeres atletas de su tiempo y continuó siendo una inspiración para las siguientes generaciones, al demostrar que las mujeres podían competir a nivel profesional.

La mayor herencia de Amberes 1920 fue, sin duda, la de los símbolos. El espíritu de paz y unidad a través del deporte se vio reforzado por el contexto de la posguerra, de manera que fue también en Amberes donde se liberaron palomas blancas por primera vez como parte del acto inaugural. Desde entonces han sido un elemento fundamental de cada ceremonia, el momento culminante que anuncia el inicio de los juegos. Las palomas se han transportado a la gráfica olímpica, como sucedió con el icónico diseño de México 68 y la subversión en la cartelera del movimiento estudiantil. Sin embargo, el verdadero legado visual de los juegos belgas fue la bandera, que con sus aros ha dejado una huella indeleble en nuestro imaginario y se ha convertido en espacio de experimentación para artistas, diseñadores e ilustradores. Si bien los aros tardaron en ganar protagonismo, a partir de la década de los cuarenta

no sólo los vemos como elemento central del diseño de cada logo olímpico, sino en diálogo con las corrientes artísticas de su época o vinculados a la cultura de cada ciudad sede. Así, el logo de Helsinki 1952 se mimetiza con un edificio que nos muestra por qué Finlandia se convirtió en un epicentro para la arquitectura y el diseño, mientras que los de México 1968 y Múnich 1972 juegan con los lenguajes del *op art* y la psicodelia, y el de Barcelona 1992 hace un guiño al arte de Joan Miró.

ESTE VERANO se habrían de celebrar los juegos olímpicos en Tokio, con un diseño que generó controversias al aparecer en redes sociales una versión alternativa al logo oficial del estadounidense Daren Newman, que incorpora los aros con el año de los juegos (2020) y el sol naciente de la bandera nipona. Más allá de qué interpretación nos gusta más, entristece saber que los aros no podrán celebrar su centenario como es debido, pero quizá aquí haya otra lección que aprenderle a Amberes 1920: que ante momentos de crisis lo único que nos queda es la unidad. ■



Programa oficial, Juegos Olímpicos de Amberes 1920.

Fuente: theolympicdesign.com

“**COLGARÉ** de brillantes farolas apestosas”, pronosticó Charles Bukowski en *El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco*. Y la profecía se ha cumplido. Desde su muerte, su fama no ha hecho sino incrementarse.

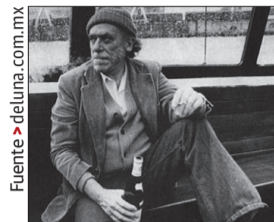
Hacia el final de su vida atisbó lo que le aguardaba: el reconocimiento sin límites. Sin embargo, la mordacidad lo acompañó hasta la tumba. Y se burló de lo que su figura devendría. Sabía que convertirse en una celebridad significaba pertenecer a una rancia institución. Y renegó de su futuro ingreso en el panteón de los considerados *grandes*.

“El mejor lector y el mejor ser humano son los que me recompensan con su ausencia”, aseguró en 1991. No hay duda, de encontrarse vivo hoy, probablemente se rehusaría a cualquier homenaje. Pero aquí estamos sus necios lectores para festejar su centenario. Para encender otra farola apestosa más.

Cuando era un imberbe mequetrefe me convertí en un fagocitador de bibliotecas ajenas. No tenía dinero ni la intención de trabajar. Tuve la suerte de conocer a José Ramírez. Quien tenía toda la obra narrativa de Bukowski publicada hasta el momento. Me quedé a dormir en su casa poco más de una semana, hasta que devoré todos los libros. El primer cuento que leí fue “La chica más guapa de la ciudad”. Y ya no pude parar.

A partir de entonces he sido un lector intermitente de Bukowski. Cuando tuve oportunidad compré todo lo que ya había leído. Porque ansiaba poseerlos. Y como ocurre con los escritores que valen la pena, perdí los libros. Unos me los robaron, otros los regalé y algunos los presté y jamás me los regresaron. Hace un par de años me percaté de que mi biblioteca tenía sólo un título de Buk. Entonces comencé a comprarlos de nuevo. No desaproveché para releerlos. Y descubrí que mi relación con su producción sigue tan sólida como desde el principio. Y que su trabajo ha envejecido más dignamente que el de muchos otros autores consagrados.

Jack Kerouac encarna el mito del poeta-novelistas por excelencia. Pero Bukowski fue más allá. A mí me cautivó como cuentista. Me parece un maestro del relato. Otros lectores son atraídos por sus novelas. Pero también un gran sector de seguidores lo admiran como poeta. Pocos escritores pueden presumir de esta hazaña. De despertar el interés de distintos públicos con una intensidad que raya en la adoración frenética.



Fuente: deluna.com.mx

“LO QUE LE
PERMITIÓ CONSEGUIR
UN EQUILIBRIO
FUE LA ESCRITURA”.

Tras la muerte de Bukowski han aparecido algunos libros con material inédito. El último es *Las campanas no doblan por nadie*. El relato del mismo nombre es una pieza magistral y breve sobre el absurdo. Bukowski era un hombre de letras con un gusto por la bebida. Pero también era un borracho que escribía. Sólo siendo uno de ellos, sólo perteneciendo a la clase marginal se puede escribir como él lo hizo. Sobre los bajos fondos. Esos que hasta el día de hoy nos empeñamos en negar, pero que son el caldero donde se desarrolla gran parte de la vida de nuestras sociedades en bancarrota económica y espiritual.

La literatura le permitió a Bukowski sublimarse. Escapar de las pensiones de mala muerte y conducir un Acura del año. Pero jamás olvidó que la vida está llena de trampas. Lo que le permitió mofarse de sí mismo hasta en sus momentos de mayor intimidad. “Tenía suerte. En el jacuzzi. Garganta irritada, dolor de cabeza, pero tenía suerte. Viejo escritor en jacuzzi, divagando. Agradable, agradable. Pero el infierno está siempre ahí, esperando para desovillarse”. Ni un solo minuto compró la falacia del hombre realizado.

Pero Bukowski también es un mito. Y si bien fue un alcohólico consumado bajó la intensidad de su ingesta. Lo que le permitió vivir 78 años. Abandonó el licor duro y su amada cerveza. Y se dedicó al vino tinto (y al blanco ocasionalmente). Lo que le garantizó no sufrir una muerte como la de Kerouac, a quien le estalló el hígado literalmente. Bukowski murió de anemia. Lo que le permitió conseguir un equilibrio fue la escritura. Fue un autor prolífico. Su voluminosa obra es una prueba de que no estaba briago las 24 horas del día.

“Mi alma está en peligro, siempre lo ha estado”, declaró al verse rodeado de comodidades. Pero no sólo su alma, también la de todos nosotros. Por eso su sabiduría sigue indemne. Su mayor triunfo fue demostrar que la senda del perdedor es al final un camino tan válido como cualquier otro.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@charfornication

BUKOWSKI:
UN SIGLO
MORDAZ

DISCOS DE LENNON, Bowie, Talking Heads, Joy Division, The Clash, Marley, The Cure y Motorhead cumplen cuarenta años. Pero ninguno dejó una marca tan audible como la de AC/DC con *Back in Black*. El tributo tras la muerte del cantante Bon Scott convirtió la adversidad en el segundo disco más vendido de la historia, con más de cincuenta millones de copias. El primero es *Thriller*, de Michael Jackson, con sesenta y seis millones.

Para que un grupo maldito de rock pesado como AC/DC —censurado en todas las listas, con un cantante ahogado en alcohol, un guitarrista que murió demente, un baterista en detención domiciliar y un cantante que se quedó sordo— obtenga 25 discos de platino por su grabación más depresiva, se necesita mucha magia negra y ésa corrió a cargo de Robert John Mutt Lange, el productor que les cambió la vida desde *Highway to Hell*. Y de Brian Johnson, el relevo en la voz que llenó los zapatos del finado y se peinó los chinos con las letras. *Back in Black* es la resurrección de un grupo al que se daba por muerto y que no tardó en volver de la tumba con un disco que acaricia la perfección rockera.

Fue concebido por Malcolm Young desde su guitarrón rítmico Gretsch White Falcon, acompañado del requinto desenfrenado de su hermano y una sección rítmica criminal: el bajista Cliff Williams y el baterista Phil Rudd. Tras las campanadas de “Hell’s Bells” se dejan venir diez canciones de boogie aceitoso y lubricador para subir el volumen y bajar las buenas costumbres, como las



Fuente: amazon.com

“EL ÁRBOL GENEALÓGICO
DEL ROCK NUNCA
HABÍA DADO UNA
MANZANA TAN TENTADORA”.

perronas “Shoot to Thrill”, “What Do You Do For Money Honey”, “Givin’ the Dog a Bone”, “You Shook Me All Night Long”, “Rock and Roll Ain’t Noise Pollution” y “Back in Black”. Además de cantante rudo, el guitarrista Angus Young estrenó el sistema inalámbrico Schaffer Vega Diversity en su Gibson SG, el único efecto que ha usado. Y perfeccionó su inconfundible *picking*. Procedieron a grabar atrincherados por el clima huracanado de Nassau, con la campana mandada a hacer para el disco.

El árbol genealógico del rock nunca había dado una manzana tan tentadora, que sigue atrayendo adeptos a la religión del perro negro. Ahí están los números para medir sus efectos en millones de dólares, de discos y de seguidores. El videojuego *Rock Band* les ganó una legión y en su Spotify la canción número uno es *Back in Black*, con 605 millones 114 mil 846 reproducciones. Es un clásico que no pierde un gramo de actitud ni de sonido, suele usarse para poner a tono los equipos en los estudios de grabación y en los escenarios. Su eco seguirá moviendo al pecado musical.

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA
@rogeliogarzap

BACK
IN BLACK

FETICHES ORDINARIOS

Por
**LUIGI
AMARA**
@leptoerizo

BALANCE DE
LA PASTILLA

“SE ACEPTA QUE SI
NOS PRODUCE
CEFALEA, URTICARIA,
VISIÓN BORROSA
O FALTA DE
COORDINACIÓN
SERÁ A CAMBIO DE
NUESTRO BIENESTAR
A LARGO PLAZO”.

Todo cambia después de que tomamos la pastilla. Ya con un pie en ese interregno incierto que nos promete alivio, tanteamos la firmeza de un suelo que se antoja todavía fangoso y cuesta arriba; como sea, ya no hay más vuelta atrás: el comprimido desciende por el esófago y no queda otro remedio que adelantar el pie para internarnos por esa senda que acaso nos conduzca a la salud.

Quizá el mismo compás de espera, ese paréntesis de distensión y escucha del cuerpo, sea ya parte del proceso terapéutico: la buena disposición que nos contagia el viaje de la pastilla por el tracto digestivo, la confianza creciente en su poder, su peso imponderable que la hace participar del milagro, todo contribuye a que surta efecto incluso antes de que la sustancia activa llegue al torrente sanguíneo. No sé si la sombra de su sabor sea lo que desencadene la respuesta benéfica; tal vez tenga que ver con la señal perceptiva de que la ciencia médica se posó por unos segundos sobre la lengua bajo la forma de un dulce blanco, con todas sus comprobaciones estrictas y sus estándares de laboratorio condensados en esa pasta anodina. Tal vez esté relacionada con la atención pormenorizada a los signos del cuerpo, con el sistema nervioso convertido en un estetoscopio que se ausculta a sí mismo en busca del menor indicio de mejoría.

EN ESE LAPSO aún de malestar pero cargado de expectativa en el que todo puede suceder (incluso las reacciones adversas y el agravamiento súbito), nos abandonamos a los brazos de la droga mientras alzamos nuestras plegarias hacia donde quizá nunca lo habríamos imaginado: al cielo borrascoso de la industria farmacéutica, a las grandes corporaciones de la síntesis química; y tan grande puede ser nuestra desesperación, tan agudo el dolor que nos aqueja, que imploramos que a cambio del precio desorbitado nos recompensen al menos con las mieles del efecto placebo.

Hubo un tiempo en que los medicamentos no se habían materializado en forma de pastilla y se suministraban en forma de tónicos, menjurjes, pócimas o téis. El vehículo para introducirlos al cuerpo no era tan compacto y aerodinámico, ni presentaba esa forma aséptica y concisa que nos hace creer en la estandarización de los venenos. Por lo que se sabe, el invento de la pastilla tuvo que ver en parte con la gula y el azúcar. Si Giacomo Casanova mandó fabricar dulces aromáticos elaborados con el pelo pulverizado de su amada, con el fin estrafalario pero nunca desmentido de curarse del mal de amores, no es de extrañar que para el trago amargo de los medicamentos se haya adoptado un sucedáneo de los caramelos. Los niños toleran mejor los jarabes cuando están saturados de azúcar, y si bien los esfuerzos por hacer pasar una medicina como auténtica cereza del pastel parezcan poco satisfactorios o torpes, no faltan los adultos que se llevan a la boca puñados de analgésicos multicolores como si se tratara de golosinas.

Nadie puede anticipar de qué manera reaccionará el cuerpo tras tomar una píldora. A pesar de la baja probabilidad de choque anafiláctico, la lista de sus efectos secundarios suele ser más abultada que la de nuestros síntomas más fantasiosos. Se acepta que si nos produce cefalea, urticaria, visión borrosa o falta de coordinación motriz será a cambio de nuestro bienestar a largo plazo, de modo que apuramos el trago y nos reclinamos a esperar, a veces con la duda de si no era mejor la opción de la cápsula azul de las terapias alternativas. Tal vez ésta, que ya debe haber llegado al estómago, de color rojo intenso, no nos transporte al país de las maravillas ni nos ponga tras la pista de ningún conejo blanco, pero en medio de los sudores y retortijones de la enfermedad, recuperar el equilibrio



Fuente > publicdomainpictures.net

del cuerpo puede significar un viaje tan decisivo y transformador como una excursión a los paraísos artificiales o tras las bambalinas de la Matrix.

EL SECRETO de una pastilla está en su capacidad de almacenamiento. En esa gragea del tamaño de una almendra está subsumida toda la historia de la medicina occidental, todo el conocimiento acumulado sobre las ventajas y riesgos de las sustancias, tanto naturales como sintéticas; todos los protocolos sobre su grado de toxicidad y las dosis recomendables. Lo único que nos corresponde es llevárnosla a la boca tal como indica la receta. En esa sencillez está también la raíz de su posible engaño: en creer que un pequeño comprimido de principios activos y excipiente cbp puede poner fin no sólo a una noche de excesos, sino a toda una vida de malos hábitos. Por más eficaz que sea la pastilla, por más que sus efectos curativos hayan pasado pruebas rigurosas, con qué facilidad caemos en el despropósito de exigirle que tienda la cama y arregle los cuartos, que revuelva el café y traiga a nuestra madre, fresca, a esta tarde de agosto, como en aquel poema memorable de Fabián Casas alrededor de la aspirina.

Encapsulado su prodigio para la liberación prolongada, apisonada su magia bajo una capa entérica, el comprimido nos hace creer que todo es tan sencillo como tragarlo, que bastan unos minutos para darle la vuelta a la hoja de la enfermedad, que una sola dosis nos dejará listos para lo que sigue. No sólo buscamos alivio en su terapia de bolsillo, sino que lo queremos ya, de inmediato, como si se tratara de un interruptor. Y así para cada desequilibrio y cada malestar, para cada deficiencia o problema. No estamos lejos del sueño de convertirnos en los titiriteros de nuestro cuerpo, amos y señores de todos sus hilos bioquímicos: una pastilla verde para conciliar el sueño, otra amarilla para despertar, una rosa para tener apetito, otra azul para la digestión, una anaranjada para recuperar las ganas de vivir... Si en las medicinas tradicionales la ceremonia de tomar el brebaje curativo se acompaña de rituales, sahumerios y conjuros, las farmacéuticas se han empeñado en borrar esas rebabas supersticiosas de la superficie de la cápsula, con la idea apenas disimulada de reintegrarnos a la brevedad al proceso productivo. Al paso que vamos, la recomendación tradicional de guardar reposo corre el riesgo de desecharse como una superchería chamánica.

ASÍ COMO ESPERAMOS con ansia que la pastilla surta efecto, todo el planeta espera que llegue la vacuna contra el virus, que salga a la venta un medicamento capaz de reducir sus estragos a un mero resfriado. Qué importa la destrucción del hábitat de miles de animales salvajes y su consumo como manjares exóticos; qué más da el hacinamiento en las granjas industriales, convertidas en laboratorios de enfermedades emergentes; por qué tanta alharaca con la dieta alta en grasa, sodio y azúcar, con los festines cotidianos de frituras y refrescos, si contamos con la pastilla que vendrá. ■